

Paula

E° 6

Decore
con nosotros
sus baños

Ojo con sus ojos,
les enseñamos
a maquillárselos

Gloria Aguirre
no quiere
que la olviden



paula

EN ESTE NUMERO...

El resultado del Concurso de Cuentos (Pág. 13) fue una fantástica sorpresa para nosotras "las" miembros del jurado, y estoy segura, para todos los que se han interesado en él y nos han alentado a hacerlo.

Lo que perseguíamos era descubrir talentos nuevos, especialmente entre nuestras lectoras y lectores. Era difícil y porque no decirlo, estábamos pesimistas. Era difícil que los aficionados pudieran competir con éxito con los consagrados. Pero vino la gran sorpresa: ¡lo logramos! La abrumadora mayoría de los premiados son cuentistas que nunca han publicado y que tendrán la oportunidad de dar a conocer su extraordinario talento a través de nuestras páginas.

Repito: extraordinario talento. Cuando nos reunimos para dar el fallo, Delia Domínguez, Elizabeth Reiman y yo, estábamos impresionadas por la calidad de los cuentos que teníamos entre manos. E impresionadas por la respuesta que nuestro concurso había tenido entre los escritores. Porque dada la calidad de los seleccionados, no podían ser sino de escritores consagrados. Pero cuando después de casi un día entero de indecisión (un jurado de mujeres es cosa seria) logramos ponernos de acuerdo sobre los premiados y llamamos a la revista para descubrir las identidades detrás de los pseudónimos, no pudimos creerlo. De los 16 premiados sólo conocíamos a cinco, y a dos de ellos no los sabíamos cuentistas.

Y la sensación fue: ¡Qué fantástico! Y nos exclamamos, y nos felicitamos, y brindamos por esta enorme cantidad de nuevos escritores y escritoras que tendremos el gusto de conocer el día que repartamos los premios.

Pero —para gusto del jurado— tuvimos que dejar demasiados en el tintero. Nos llegaron 630 cuentos (que es una cifra record) entre los cuales había por lo menos 100 publicables y de todas maneras 50 buenos. A pesar de que estiramos los premios a más no poder (compartimos el primero y agregamos dos menciones honorosas) quedaron demasiados fuera. Muchos de ellos los publicaremos de todas maneras, pero las páginas de Paula no nos alcanzan para todos.

Para los premiados ¡felicidades! y la admiración mía, del jurado y del personal de Paula. Y para todos los que enviaron, los muy buenos y los otros, felicitaciones también, un millón de gracias y... ¡a afilar las plumas para este otro año!

VER SUMARIO EN PAGS. 6-7

lo que hace feliz a la mujer chilena en

el trabajo

Olga Sarao, obrera de una fábrica textil. ● Fotografía de Horacio Walker.





¿qué hace feliz
a la mujer chilena?

Aunque diga que le encanta su trabajo y que no lo dejaría por nada del mundo, la mujer chilena que trabaja no es feliz. Tanto la chilena que se incorporó al mundo laboral por causas económicas (en las clases modestas, especialmente) como la que trabaja porque adora su profesión o porque no puede conformarse con el universo para ella tan pequeño de su hogar, lleva una sobrecarga de angustias que esquivan la felicidad. La chilena trabajadora no logra aún desempeñar con madurez y serenidad este multifacético papel que le corresponde como mujer.

Esposa — dueña de casa — madre — trabajadora — conejillo de indias de la creciente incorporación femenina al mundo laboral, necesita desaflojar tensiones y reencontrarse a sí misma.

Por ser pionera, por estar viviendo en un mundo especial y difícil que la obliga a informarse, a tomar partido y a desarrollar sus talentos, porque se siente en la obligación de cumplir bien con este enorme bagaje de responsabilidades que se le vino encima, la chilena trabajadora enfrenta dificultades que hacen duro el camino.

Los de afuera le colocan obstáculos. Necesita, para salvarlos, guarderías infantiles, abolir las leyes discriminatorias, implantación de mejores salarios y una legislación que aliviane la tarea doméstica, comprensión del marido y de todos los hombres en general. Pero también necesita —y en ese frente se está dando la batalla principal— combatir los enemigos que tiene dentro de sí misma. De tanto y tanto hablar con mujeres que trabajan —obreras, secretarias, ejecutivas, profesoras, profesionales, casadas o solteras, con o sin hijos— uno se da cuenta que la mujer chilena que trabaja no está tan segura de que está haciendo lo justo. A veces los remordimientos —por tener los niños con empleadas, por descuidar la casa— son tan grandes que no cabe duda que es desdichada, otras veces no se palpan a primera vista pero están escondidos en algún rincón del alma de esta mujer. Ella no tiene la seguridad de que sus hi-

jos se están criando bien y quisiera que alguien le demostrara que no hace mal no estando las 24 horas del día junto a sus chiquillos, que no es pecado tratar de encontrar —o encontrar— la felicidad fuera del hogar. Ella no sabe si está bien porque nadie se lo ha dicho y nadie puede decírselo porque nadie lo sabe.

La chilena que trabaja busca con furia la felicidad. Y la obtiene y la pierde con idéntica rapidez porque además de llevar sobre sus hombros la responsabilidad del trabajo soporta también una eterna desazón: la de su propia inseguridad.

■ ¿POR QUE TRABAJA?

El porcentaje de mujeres que trabaja en Chile es pequeño pero muy importante, porque de la experiencia de ellas dependerá que las sigan muchas más. Ellas están conscientes de su importancia y se estudian unas a otras y en general —sean de cualquier medio y trabajen en lo que sea— son bastante perfeccionistas y a menudo se exigen a sí mismas más de lo que pueden dar.

¿Qué es lo que empujó a la chilena a trabajar? La de condición socio-económica baja lo hace empujada por necesidades de tipo material. Cada vez a una edad más temprana la chilena que no tiene —por falta de plata— acceso a la educación se incorpora al trabajo. Muchas veces trabaja en vez del hombre, mantiene un trabajo estable (de obrera, de lavandera, de empleada doméstica) mientras el hombre picotea por aquí y por allá. A veces lleva las riendas del hogar porque el hombre es un irresponsable, un alcohólico o está cesante. No necesariamente es la esposa la que toma el timón del buque que hace agua. Puede ser una hija. Olga Sarao (25 años, soltera, obrera textil) mantiene con su madre lavandera a una familia de varios hermanos, porque el padre es un alcohólico rehabilitado, al que se le cierran todas las puertas por su condición de ex alcohólico.

Adriana Suárez, de 40 años, nacida en Antofagasta ▶

Derecha: Mujeres oficinistas. Después de la jornada diaria sigue el ajeteo diario. En general, están contentas con su trabajo, aun cuando la carga se hace doblemente pesada para la mujer casada, porque no puede descuidar su hogar.
Abajo: Vendedoras de discos: un trabajo entretenido que también tiene sus problemas.
fotografías de Horacio Walker.

viene de la vuelta

y asentada en la capital hace seis años, cuando llegó en busca de mejores horizontes, trabaja “*para poder vivir*”. Si dejara de trabajar un solo día, se moriría de hambre —reconoce— porque los 640 escudos que saca líquidos apenas le alcanzan para pagar la pieza y la comida.

Los motivos económicos no son aislados. La mayoría de las mujeres tienen vocación para el trabajo y se entretienen en él. A veces la chilena se emplea para salir de la rutina de la casa y con el pretexto —que no es tan pretexto— de ayudar a la mantención de la familia. Como le sucedió a Morelia Requena (casada, 25 años, tres hijos, secretaria). Ella encontró fascinante este nuevo mundo al principio pero después su trabajo se transformó en una tediosa obligación. Sin embargo, ahora tiene que seguir trabajando porque su sueldo ya se ha hecho imprescindible.

■ ¿QUE LE IMPIDE SER FELIZ?

Muchas causas impiden que la chilena trabajadora logre el sosiego necesario para rendir lo que se espera de ella. Su vida es dura. Aunque se vea exigida igual que el hombre en la fábrica o en la oficina, no por eso puede dejar de lado sus papeles de madre, esposa y dueña de casa. Si tiene empleada debe llegar al hogar a preocuparse de la ropa de los niños, de sus tareas y de algunos quehaceres domésticos. Muchas no tienen empleada (generalmente los niños ya son grandecitos) y deben soportar además toda la carga doméstica. Lillian Aliaga (profesora, 40 años) va a una escuela pública de 8 a 1. Regresa a su casa a lavar, planchar, coser, corregir pruebas, preocuparse de sus hijos. De 7 a 9 de la noche hace clases nocturnas, para obtener una remuneración extra. A las 10 de la noche empieza a cocinar, bien abundante para que alcance para el otro día. Y siempre así los 365 días del año.

Los mil y un problemas que enfrenta esta chilena varían según la educación que ha recibido y el tiempo de labor que desempeñe. Para la obrera las dificultades principales tienen que ver con los bajos salarios, los

malos tratos del patrón, los despidos arbitrarios. Para la mujer que ocupa un puesto con más jerarquía y mejor pagado, aún cuando subsisten las quejas por bajos sueldos, se sofistican sus problemas, que tocan más en lo emocional. La mujer soltera tiene un fardo menos: los hijos. Pero como piensa en el matrimonio a corto plazo el tema le importa de todas maneras. A ella el trabajo le reporta más satisfacciones materiales porque la plata le “*luce más*”.

La chilena que trabaja tiene tres tipos de problemas: materiales (falta de guarderías infantiles, bajos sueldos), de relaciones con los demás (trato discriminatorio, incompreensión del hombre) y emocionales. Estos últimos sólo tienen solución en la medida que ella se autoexamine y supere sus frustraciones, sus inseguridades y sus debilidades.

La falta de guarderías infantiles presenta un problema casi insoluble. La chilena no tiene dónde dejar a sus niños. Las empleadas son una solución para la que tiene mejor situación económica, pero plantea renovadas angustias. “*Me demoré años —cuenta Rosario T. (30 años, casada, 4 hijos, asistente social)— en consolarme de que mis hijos quedaran en manos de las empleadas. No sé cómo pude sobrevivir a esa tensión espantosa, especialmente cuando eran guaguas. Cuando terminaba mi jornada se me hacía un infierno el regreso: me atormentaba con posibles desgracias, veía incendios, mis hijos muriendo. Era en esos tiempos de la Teté ¿recuerda?, la empleada que envenenó a tantos niñitos. Ahora ya he superado esas tensiones pero algo me queda todavía*”.

La mujer pobre ni siquiera tiene el consuelo de dejarlos en manos responsables. Sus hijos se quedan solos. Silvia M. (42 años, 6 hijos, separada) trabaja en una fábrica todo el día y sus niños permanecen en la casa, solos. “*Están acostumbrados, la primera vez que los dejé el más grande tenía 10 años y la más chiquita, 3. Juegan, no salen a la calle y no les abren la puerta a extraños. Nunca les ha pasado nada malo. Yo voy a verlos una hora al mediodía*”. Ella, sin embargo, no trabaja tranquila.

sigue a la vuelta



Ahora que por fin la chilena está usufructuando de la oportunidad de usar su talento, su imaginación y sus dotes de luchadora para forjar un mundo junto al hombre, las dificultades no la arredran. En la foto: Luz María Vargas, Directora de Arte de Ritmo, en pleno trabajo.

fotografía de Horacio Walker.

viene de la vuelta

■ BAJOS SALARIOS DISCRIMINACION LABORAL

La mujer está en su gran mayoría disconforme con lo que gana. En el caso de la obrera el problema es dramático. Es imposible creer que pueda vivir con tal sueldo. Olga Sarao, rematadora de la Singer, aprendiz de cortadora (10 años de experiencia), gana 130 escudos semanales y trabaja 12 horas diarias. Con su sueldo debe mantener a su numerosa familia. María Avendaño (29 años, overlista desde los 14) gana 130 semanal, arrienda una pieza de 120 escudos al mes y paga una pensión de E° 30. Además cancela una letra de 77 escudos mensuales por un artefacto doméstico. Con lo que le queda ayuda a su familia de Talca, se viste y, en fin, sobrevive. Cuentan: *“Ganamos menos que el año pasado porque les reclamamos a los patronos porque nos pagaban solamente un 12 por ciento por las horas extraordinarias en vez del 50 por ciento reglamentario. Entonces nos quitaron ese trabajo extra. El trabajo ahora es también más difícil porque han salido fibras nuevas que son muy fregadas y uno se demora más”*.

Las quejas se repiten como una letanía: explotación, injusticias, malos tratos, discriminación por el hecho de ser mujeres, puertas cerradas para las que tienen más de 30 años. Si la mujer se queda cesante aunque se trate de una obrera especializada no vuelve a emplearse porque al patrón no le conviene una mujer que según él rinde menos por la edad, que se puede quedar embarazada, que está afligida por problemas hogareños. Tener hijos para la mujer se convierte en un pecado, y esto no sucede solamente en la fábrica. Una profesional contaba: *“cuando quedé embarazada sentí las miradas de culpabilidad de mi jefe y una vez me dijo con muy poco tacto que las casadas eran un cacho”*.

Por eso la mujer va criando una especie de fatalismo que disminuye su capacidad de lucha. Para la mujer madura es un lujo la audacia que se puede permitir una aprendiz de 18. La mujer no organiza sindicatos ni lucha por reivindicaciones sociales hasta que

no llega un hombre que toma el toro por las astas. Ella detesta los riesgos. Tal vez porque sabe concretamente lo que significa en el hogar la falta de plata, prefiere un empleo seguro, aunque gane poco, a uno bien remunerado pero precario. Es insegura, desconfía de sí misma. Cuando le ofrecen un puesto que significa un ascenso, titubea y por ella no lo aceptaría, aunque esté preparada y sea un elemento valioso reconocido por el grupo. Salvo excepciones, evade las responsabilidades porque tiene miedo de no hacerlo bien. Una empleada a la que le dieron esa ansiada oportunidad, contó: *“Me desvelé muchas noches pensando en rechazarla. Me daba disculpas a mí misma para no aceptar esta responsabilidad nueva. Pero acepté y no me he arrepentido”*.

Cuando decide aceptar, demuestra que se la puede. A la mujer le falta endurecerse y eso es muy difícil porque se le exige que no pierda su femineidad y su sensibilidad. A veces un empujoncito del hombre haría el milagro, pero el marido de esta mujer que trabaja rara vez la comprende. Una se quejaba: *“Cuando le cuento a mi marido algún problema de la oficina me echa inmediatamente en cara que yo me la busqué y que si estoy afligida vuelva a la casa y deje de trabajar”*.

■ PERO NO DEJARIAN DE TRABAJAR

Ahora que por fin la mujer chilena está usufructuando de la oportunidad de usar su talento, su imaginación y sus dotes de luchadora para forjar un mundo junto a su hombre, las dificultades no la arredran. Es lúcida para enumerar sus problemas y decir de qué manera podrían solucionarse, pero no se desanima. Hay poca desesperanza en esta mujer. En general hay una actitud optimista frente al futuro en el trabajo. Lo más valedero es que su trabajo le gusta, le da satisfacciones tanto materiales como intelectuales. Se siente realizada. Esa es la palabra. Y para lograr ser feliz pide —aparte de conquistas materiales en el trabajo y granjerías que le alivianen el trabajo doméstico— más comprensión de los hombres y de toda la comunidad.

AMANDA PUZ ■

